



Me dispongo

“ El fin de la humanidad es la salvación porque Cristo murió y resucitó para ello, dicho sea con permiso de todo el pensamiento cientifista que reina en el mundo. Pero esta esperanza no nos lleva a abdicar de nuestra responsabilidad ante la injusticia y el sufrimiento que asolan el planeta.

–Guillermo Rovirosa, O.C. T.II., 131

“ Principios como la opción preferencial por los pobres, el destino universal de los bienes, la solidaridad, la subsidiariedad, la participación, el bien común, son mediaciones concretas para plasmar a nivel social y cultural la Buena Noticia del Evangelio.

–Francisco, Mensaje IV EMP

En la vida

Nuestra vida tiene sentido en la medida en que se hace misión, en la medida en que descubrimos que la vida se nos da para entregarla. Este Adviento es tiempo de conversión en esa dirección de mayor entrega, de mayor vida, de mayor amor. Comienza por reconocer lo que has de cambiar en tu vida. Es el primer paso necesario para sentir que has de preguntarte después: ¿qué tenemos que hacer?

Confesión

*Yo confieso, Señor,
que no siempre estoy a la altura
de tus sueños y mis horizontes.
Que necesito convertirme,
dejando fuera de mí
aquello que nos aleja.
Que a veces no sé arder
con el fuego de tu Espíritu.
Que no escucho tu profecía
convertida en palabra,
en imagen, en prójimo,
en silencio.*

*Confieso que a veces no sé quererte.
Pero te quiero.*

*Yo confieso, Señor,
que no siempre sé
hacer de tu promesa mi Adviento.
Pero no dejes de venir.*

(Rezandovoy)





La Palabra

Lc 3, 10-18: ¿Qué debemos hacer?



La gente le preguntaba: «Entonces, ¿qué debemos hacer?». Él contestaba: «El que tenga dos túnicas, que comparta con el que no tiene; y el que tenga comida, haga lo mismo».

Vinieron también a bautizarse unos publicanos y le preguntaron:

«Maestro, ¿qué debemos hacer nosotros?». Él les contestó: «No exijáis más de lo establecido».

Unos soldados igualmente le preguntaban: «Y nosotros, ¿qué debemos hacer?». Él les contestó: «No hagáis extorsión ni os aprovechéis de nadie con falsas denuncias, sino contentaos con la paga».

Como el pueblo estaba expectante, y todos se preguntaban en su interior sobre Juan si no sería el Mesías, Juan les respondió dirigiéndose a todos:

«Yo os bautizo con agua; pero viene el que es más fuerte que yo, a quien no merezco desatarle la correa de sus sandalias. Él os bautizará con Espíritu Santo y fuego; en su mano tiene el bieldo

para aventar su parva, reunir su trigo en el granero y quemar la paja en una hoguera que no se apaga». Con estas y otras muchas exhortaciones, anunciaba al pueblo el Evangelio.

Palabra del Señor

Dejo que la palabra empape mi vida

¿Qué debemos hacer? Es una pregunta que los oyentes de Juan el Bautista se hacen después de escuchar su predicación. Una predicación en palabras claras y directas que pone de manifiesto el estado de corrupción y las injusticias que sufre el pueblo, y que anuncia la necesidad de conversión para preparar la venida del Mesías que inaugurará un nuevo mundo, basado en la igualdad y la fraternidad, en la justicia, y en el reinado de Dios. Juan tiene una mirada concreta sobre la realidad que le hace ver cuál es la situación, y por eso su anuncio es el de la justicia de Dios que está por llegar. Pero también reclama la conversión de quienes le escuchan.



ORAR EN EL MUNDO OBRERO



III Domingo de Adviento C • 12 diciembre 2021 • www.hoac.es

75
años
HO
AC

Nuestra conversión comienza por esa mirada que necesitamos tener, que nos permita ver con claridad lo que pasa, por qué pasa, y quién sufre las consecuencias de lo que pasa. Necesitamos esa manera de mirar porque corremos el riesgo de vivir desorientados y manipulados. Y necesitamos convertirnos, que es cambiar el modo de mirar, de sentir, de pensar y de actuar, volviéndonos a Dios, al Dios justo y, como él, obrar su justicia. Necesitamos mirar el mundo como Jesús de Nazaret: desde las periferias y junto a los que sufren.

Obrar la justicia no es algo abstracto, sino que tiene que ver como mi situación y mis condiciones vitales, con mi situación personal y social, con mi comportamiento con el prójimo. Los oyentes de Juan lo han entendido. No preguntan qué deben pensar o decir, ni siquiera lo que han de creer, sino lo que tienen que hacer. Son hombres y mujeres que se atreven a enfrentarse a su propia verdad y están dispuestos a dejarse transformar en sus vidas.

La conversión es imposible cuando la damos por supuesta, o cuando pensamos que no la necesitamos, que ya estamos convertidos del todo. Es la tentación militante: pensar que ya hacemos lo suficiente, que ya basta, que ya no necesitamos modificar nada en nuestra vida, sin darnos cuenta de que cuando dejamos de caminar, cuando nos paramos, dejamos de caminar hacia el prójimo, dejamos de orientar nuestra vida hacia el Reino. ¿Estamos nosotros, como el pueblo, expectantes? ¿Deseamos otra vida y luchamos para que sea posible? ¿Necesitamos de verdad que cambien cosas en nosotros? ¿Mantenemos la esperanza de que esto es posible para Dios?

Es difícil hoy evitar la pregunta: ¿qué debemos hacer? La respuesta de Juan nos pone a cada uno frente a nuestra propia verdad y frente a una respuesta que solo cabe en la transformación de nuestra vida. Necesitamos valor para acoger la pregunta y respondernos, y para hacer vida lo que vida nos sugiere como respuesta que surge del encuentro con la Palabra.

La raíz de las injusticias está también en nuestro corazón, en nuestras comodidades y egoísmos, que nos cierra oídos y corazón a los gritos de los empobrecidos. El pecado estructural se enraíza en nuestras propias maneras de respondernos, en nuestro pecado personal, en nuestras justificaciones y excusas; en nuestros planteamientos teóricos que nos separan de la vida sufriente del pobre. Solo cuando nos ponemos junto a la vida sufriente, y nos dejamos interpelar por ella, podemos sentirnos fortalecidos para la conversión. Los pobres nos evangelizan.

En estos tiempos duros para tantos descartados del sistema, la demanda de conversión de Juan cobra vigencia. La manera de vivir el Adviento y esperar al Mesías es practicar la justicia cotidiana y cercana con el prójimo. Discernir lo que tenemos que hacer es la tarea creyente de este adviento, porque los empobrecidos necesitan nuestra conversión a una vida de mayor fraternidad y justicia, de mayor solidaridad y amor, de mayor reconocimiento de su dignidad. El Adviento nos encamina al encuentro vital con el Señor en el prójimo, en el pobre. Nos encamina al desprendimiento alegre y vital de la entrega de nuestra vida por amor.

La Palabra de Dios nos pone hoy frente a nuestro quehacer, a nuestro actuar. ¿Qué he de cambiar en mi proyecto de vida para ir viviendo una vida de mayor encuentro y amor con los empobrecidos? Oro y concreto mi acción.



Desde el encuentro con la Palabra, vuelvo a orar

Coloquio de conversión

*Ay de ti si tu vida se va diluyendo
entre las prisas y los agobios·
Ay de ti si vives con los ojos cerrados
a tantos milagros cotidianos·
Ay de ti si dices que me amas
y luego solo te buscas a ti mismo·
Ay de ti si miras para otro lado
cuando te encuentras un hermano
caído en el camino·
Ay de ti si acumulas y acaparas sin freno,
y te olvidas de compartir con los pobres·
Pero...*

*Dichoso tú si en medio de las prisas y los agobios
percibes mi presencia de paz·
Dichoso tú si en cada rincón de tu existencia
ves un milagro de mi mano·
Dichoso tú si cuando dices que me amas
haces verdad este amor sirviendo a los más débiles·
Dichoso tú si vives con ojos abiertos y manos extendidas
ante los descartados de la tierra·
Dichoso tú si tu alegría te lleva a desprenderte de algo de lo que acumulas
para que otros puedan gozar de una vida más digna·*

(Fermín Negre)



Y para vivir lo que me pide este Adviento, ofrezco mi vida,
unida a la de los pobres

*Señor, Jesús...
Concédenos, como a todos nuestros hermanos de trabajo,
Pensar como Tú, trabajar contigo, y vivir en Ti...*

María, madre de los pobres, ruega por nosotros·